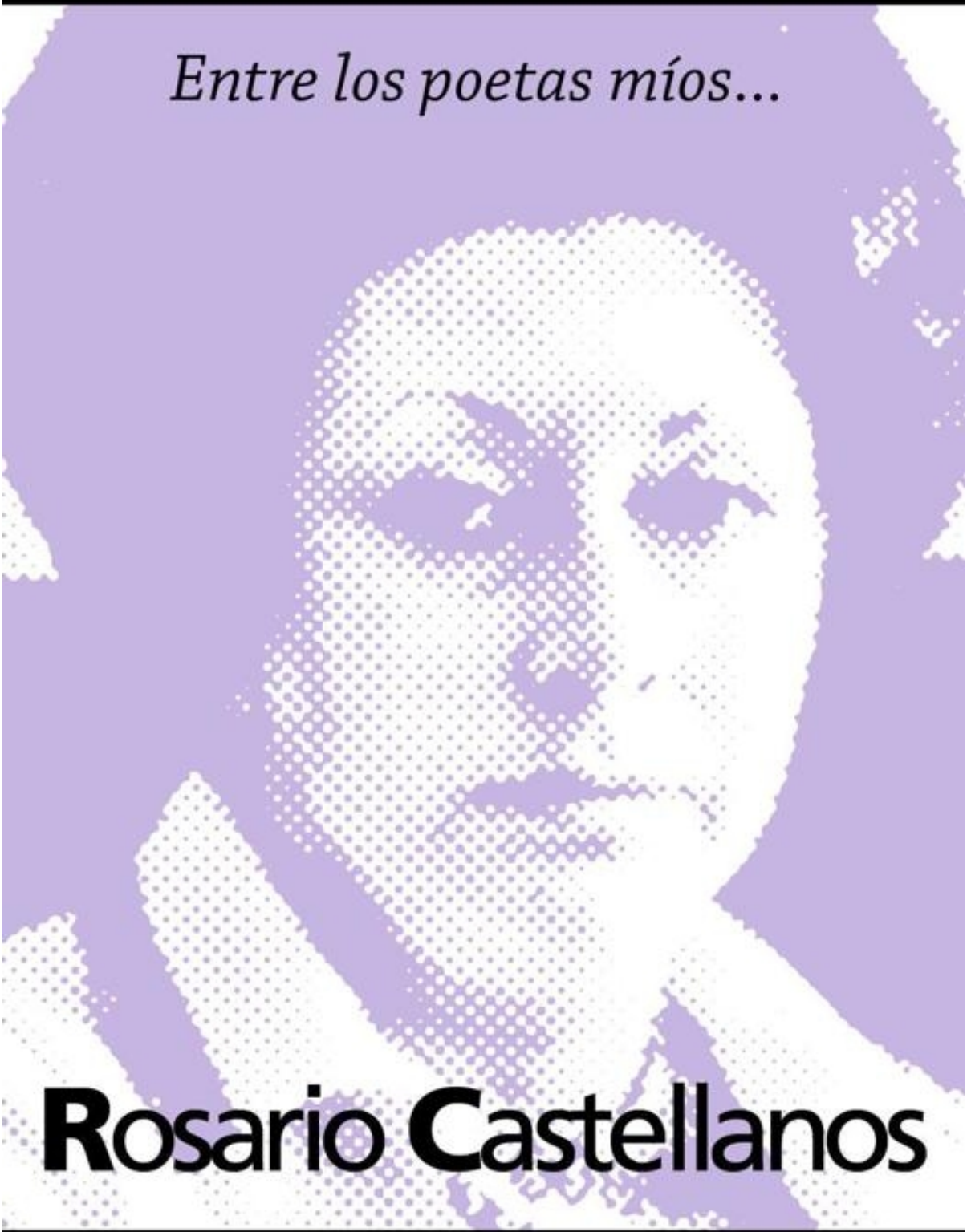
Colección Antológica de Poesía Social Vol.95

Entre los poetas míos...



Rosario Castellanos

Biblioteca Virtual Omegalfa

CON el título genérico "Entre los poetas míos" venimos publicando, en el mundo virtual, una colección de C cuadernos monográficos con los que deseamos contribuir a la divulgación de una poesía crítica que, con diversas denominaciones ("poesía social", "poesía comprometida", "poesía de la conciencia"…) se caracteriza por centrar su temática en los seres humanos, bien sea para ensalzar sus valores genéricos, o bien para denunciar los atropellos, injusticias y abusos cometidos por quienes detentan el Poder en cualquiera de sus formas.

Poesía ésta que no se evade de la realidad, sino que incide en ella con intención transformadora. Se entiende por ello que tal producción y sus autores hayan sido frecuentemente acallados, desprestigiados, censurados e incluso perseguidos por dichos poderes dominantes.

Se trata, en fin, de una poesía no neutral, teñida por el compromiso ético de sus autores.

Los textos aquí incorporados proceden de muy diversas fuentes.

Unos de nuestra biblioteca personal, otros de Internet.

La edición digitalizada de estos cuadernos poéticos carece de toda finalidad económica. No obstante, si alguien se considera perjudicado en sus legítimos derechos de propiedad intelectual, rogamos nos lo haga saber para que retiremos los textos cuestionados.

Rosario Castellanos

(1925 - 1974)

Escritora y diplomática oriunda de México, nacida en el Distrito Federal el 25 de mayo del año 1925 y fallecida trágicamente en Israel el 7 de agosto de 1974.

Su infancia transcurrió en el estado de Chiapas, hecho que se percibe en sus obras tanto a nivel estilístico como por el universo en el que se sitúan.

Desde esa época pudo observar a la sociedad mexicana desde el punto de vista del poder adquisitivo; esto le permitió advertir lo dura que resultaba la vida de los pueblos aborígenes, causando en ella un hondo impacto.

Con respecto a su formación académica, estudió Filosofía y Letras en la UNAM obteniendo una maestría. Más tarde una beca le permitió perfeccionar sus estudios en España.

Además de dedicarse a la actividad literaria, ejerció la enseñanza, profesión que la llevó a varias universidades tanto nacionales como norteamericanas.

Practicó con gran éxito todos los géneros literarios, destacando especialmente en el cultivo de la poesía, habiéndose convertido en una de las más importantes representantes de México en el último siglo.

En su obra se refleja, además de su preocupación social, la defensa de los derechos de la mujer.

Aunque perdió la vida siendo todavía muy joven, produjo una gran cantidad de libros entre los que señalamos los siguientes: “Rito de iniciación” (novela), “Mujer que sabe latín” (ensayo) y los poemarios “Apuntes para una declaración de fe” y “Poesía no eres tú”.

La calidad de su producción literaria fue reconocida en los importantes premios obtenidos. Una muestra de ellos son: El Premio Xavier Villaurrutia, “Sor

Juana Inés de la Cruz" y el "Premio Carlos Troyet".

Toda su obra poética se encuentra recopilada en el libro «Poesía no eres tú».

Agonía fuera del muro

Miro las herramientas,

el mundo que los hombres hacen, donde se afanan, sudan, paren, cohabitan.

El cuerpo de los hombres prensado por los días, su noche de ronquido y de zarpazo y las encrucijadas en que se reconocen.

Hay ceguera y el hambre los alumbra

y la necesidad, más dura que metales.

Sin orgullo (¿qué es el orgullo? ¿Una vértebra que todavía la especie no produce?) Los hombres roban, mienten,

como animal de presa olfatean, devoran y disputan a otro la carroña.

Y cuando bailan, cuando se deslizan

o cuando burlan una ley o cuando

se envilecen, sonríen,

entornan levemente los párpados, contemplan el vacío que se abre en sus entrañas y se entregan a un éxtasis vegetal, inhumano.

Yo soy de alguna orilla, de otra parte, soy de los que no saben ni arrebatar ni dar, gente a quien compartir es imposible.

No te acerques a mí, hombre que haces el mundo, déjame, no es preciso que me mates.

Yo soy de los que mueren solos, de los que mueren de algo peor que vergüenza.

Yo muero de mirarte y no entender.

Del poemario “Lívida luz”.

Ajedrez

Porque éramos amigos y, a ratos, nos amábamos; quizá para añadir otro interés a los muchos que ya nos obligaban

decidimos jugar juegos de inteligencia.

Pusimos un tablero enfrente de nosotros: equitativo en piezas, en valores, en posibilidad de movimientos.

Aprendimos las reglas, les juramos respeto y empezó la partida.

Henos aquí hace un siglo, sentados, meditando encarnizadamente cómo dar el zarpazo último que aniquile de modo inapelable y, para siempre, al otro.

Fuente: Poemas de Rosario Castellanos

Amanecer

¿Qué se hace a la hora de morir? ¿Se vuelve la cara a la pared?

¿Se agarra por los hombros al que está cerca y oye?

¿Se echa uno a correr, como el que tiene las ropas incendiadas, para alcanzar el fin?

¿Cuál es el rito de esta ceremonia?

¿Quién vela la agonía? ¿Quién estira la sábana?

¿Quién aparta el espejo sin empañar?

Porque a esta hora ya no hay madre y deudos.

Ya no hay sollozo. Nada, más que un silencio atroz.

Todos son una faz atenta, incrédula de hombre de la otra orilla.

Porque lo que sucede no es verdad.

Del poemario "Lívida luz"

Amor

Sólo la voz, la piel, la superficie

pulida de las cosas.

Basta. No quiere más la oreja, que su cuenco rebalsaría y la mano ya no alcanza a tocar más allá.

Distraída, resbala, acariciando

y lentamente sabe del contorno.

Se retira saciada

sin advertir el ulular inútil

de la cautividad de las entrañas

ni el ímpetu del cuajo de la sangre

que embiste la compuerta del borbotón, ni el nudo ya para siempre ciego del sollozo.

El que se va se lleva su memoria,

su modo de ser río, de ser aire,

de ser adiós y nunca.

Hasta que un día otro lo para, lo detiene y lo reduce a voz, a piel, a superficie ofrecida, entregada, mientras dentro de sí la oculta soledad aguarda y tiembla.

Fuente: Los poetas: Rosario Castellanos

Apelación al solitario

Es necesario, a veces, encontrar compañía.

Amigo, no es posible ni nacer ni morir sino con otro. Es bueno que la amistad le quite

al trabajo esa cara de castigo

y a la alegría ese aire ilícito de robo.

¿Cómo podrías estar solo a la hora

completa, en que las cosas y tú hablan y hablan, hasta el amanecer?

Fuente: http://amediavoz.com/castellanos.htm

Apuntes para una declaración de fe

El mundo gime estéril como un hongo.

Es la hoja caduca y sin viento en otoño, la uva pisoteada en el lagar del tiempo pródiga en zumos agrios y letales.

Es esta rueda isócrona fija entre cuatro cirios, esta nube exprimida y paralítica y esta sangre blancuzca en un tubo de ensayo.

La soledad trazó su paisaje de escombros.

La desnudez hostil es su cifra ante el hombre.

Sin embargo, recuerdo...

En un día de amor yo bajé hasta la tierra: vibraba como un pájaro crucificado en vuelo y olía a hierba húmeda, a cabellera suelta, a cuerpo traspasado de sol al mediodía.

Era como un durazno o como una mejilla y encerraba la dicha como los labios encierran un beso.

Ese día de amor yo fui como la tierra: sus jugos me sitiaban tumultuosos y dulces y la raíz bebía con mis poros el aire y un rumor galopaba desde siempre para encontrar los cauces de mi oreja.

Al través de mi piel corrían las edades: se hacía la luz, se desgarraba el cielo y se extasiaba -eterno-frente al mar.

El mundo era la forma perpetua del asombro renovada en el ir y venir de la ola, consubstancial al giro de la espuma

y el silencio, una simple condición de las cosas.

Pero alguien (ya no acierto

con la estructura inmensa de su nombre) dijo entonces: 'No es bueno

que la belleza esté desamparada'

y electrizó una célula.

En el principio -dice

esta capa geológica que toco—

era sólo la danza:

cintura de la gracia que congrega

juventudes y música en su torno.

En el principio era el movimiento.

Cada especie quería constatarse, saberse y ensayaba las notas de su esencia: la jirafa alargaba la garganta

para abrevar en nubes de limón.

Punzaba el aire en las avispas múltiples y vertía chorritos de miel en cada herida para que el equilibrio permaneciera invicto.

El ciervo competía con la brisa

y el hombre daba vueltas alrededor de un árbol trenzado de manzanas y serpientes.

Nadie lo confesaba, pero todos

estaban orgullosos de ser como juguetes en las manos de un niño.

Redondeaban su sombra los planetas

y rebotaban locos de alegría

en las altas paredes del espacio

teñidas de antemano en un risueño azul.

No me explico por qué

fue indispensable que alguien inventara el reloj y desde entonces todo se atrasa o se adelanta, la vida se fracciona en horas y en minutos o se quiebra o se para.

La manzana cayó; pero no sobre un Newton de fácil digestión, sino sobre el atónito apetito de Adán.

(Se atragantó con ella como era natural.)

¡Qué implacable fue Dios -ojo que atisba a través de una hoja de parra ineficaz!

¡Cómo bajó el arcángel relumbrando

con una decidida espada de latón!

Tal vez no debería yo hablar de la serpiente pero desde esa vez es un escalofrío en la columna vertebral del universo.

Tal vez yo no debiera descubrirlo

pero fue el primer círculo vicioso

mordiéndose la cola.

Porque esto, en realidad, sólo tendría importancia si ella lo supiera.

Pero lo ignora todo reptando por el suelo, dormitando en la siesta.

Ah, si se levantara

sin el auxilio de fakires indios

a contemplar su obra.

Aquí estaríamos todos:

la horda devastando la pradera,

dejando siempre a un lado el horizonte, tratando de tachar la mañana remota, de arrasar con la sal de nuestras lágrimas el campo en que se alzaba el Paraíso.

Gritamos ¡adelante! por no mirar atrás.

El camino se queda señalado

-estatua tras estatua-por la mujer de Lot.

Queremos olvidar la leche que sorbimos en las ubres de Dios.

Dios nos amamantaba en figura de loba como a Rómulo y Remo, abandonados.

Abandonados siempre. ¿De qué? ¿De quién? ¿De dónde?

No importa. Nada más abandonados.

Cantamos porque sí, porque tenemos miedo, un miedo atroz, bestial, insobornable y nos emborrachamos de palabras

o de risa o de angustia.

¡Qué cuidadosamente nos mentimos!

¡Qué cotidianamente planchamos nuestras máscaras para hormiguear un rato bajo el sol!

No, yo no quiero hablar de nuestras noches cuando nos retorcemos como papel al fuego.

Los espejos se inundan y rebasan de espanto mirando estupefactos nuestros rostros.

Entonces queda limpio el esqueleto.

Nuestro cráneo reluce igual que una moneda y nuestros ojos se hunden interminablemente.

Una caricia galvaniza los cadáveres:

sube y baja los dedos de sonido metálico contando y recontando las costillas.

Encuentra siempre con que falta una

y vuelve a comenzar y a comenzar.

Engaño en este ciego desnudarse,

terror del ataúd escondido en el lecho, del sudario extendido y la marmórea

lápida cayendo sobre el pecho.

¡No poder escapar del sueño que hace muecas obscenas columpiándose en las lámparas!

Es así como nacen nuestros hijos.

Parimos con dolor y con vergüenza,

cortamos el cordón umbilical aprisa

como quien se desprende de un fardo o de un castigo.

Es así como amamos y gozamos

y aún de este festín de gusanos hacemos novelas pornográficas o películas sólo para adultos.

Y nos regocijamos de estar en el secreto, de guiñarnos los ojos a espaldas de la muerte.

La serpiente debía tener manos

para frotarlas, una contra otra,

como un burgués rechoncho y satisfecho.

Tal vez para lavárselas lo mismo que Pilatos o bien para aplaudir o simplemente para tener bastón y puro

y sombrero de paja como un dandy.

La serpiente debía tener manos

para decirle: estamos en tus manos.

Porque si un día cansados de este morir a plazos queremos suicidarnos abriéndonos las venas como cualquier romano, nos sorprende saber que no tenemos sangre ni tinta enrojecida: que nos circula un aire tan gratis como el agua.

Nos sorprende palpar un corazón en huelga y unos sesos sin tapa saltarina y un estómago inmune a los venenos.

El suicidio también pasó de moda

y no conviene dar un paso en falso

cuando mejor podemos deslizarnos.

¡Qué gracia de patines sobre el hielo!

¡Qué tobogán más fino! ¡Qué pista lubricada!

¡Qué maquinaria exacta y aceitada!

Así nos deslizamos pulcramente

en los tés de las cinco -no en punto-de la tarde, en el cocktail o el pic-nic o en cualquiera costumbre traducida del inglés.

Padecemos alergia por las rosas,

por los claros de luna, por los valses y las declaraciones amorosas por carta.

A nadie se le ocurre morir tuberculoso ni escalar los balcones ni suspirar en vano.

Ya no somos románticos.

Es la generación moderna y problemática que toma coca-cola y que habla por teléfono y que escribe poemas en el dorso de un cheque.

Somos la raza estrangulada por la inteligencia, 'La insuperable, mundialmente famosa trapecista

que ejecuta sin mácula

triple salto mortal en el vacío'.

(La inteligencia es una prostituta

que se vende por un poco de brillo

y que no sabe ya ruborizarse.)

Puede ser que algún día

invitemos a un habitante de Marte

para un fin de semana en nuestra casa.

Visitaría en Europa lo típico:

alguna ruina humeante

o algún pueblo afilando las garras y los dientes.

Alguna catedral mal ventilada,

invadida de moho y oro inútil

y en el fondo un cartel: “Negocio en quiebra.'

Fotografiaría como experto turista

los vientres abultados de los niños enfermos, las mujeres violadas en la guerra, los viejos arrastrando en una carretilla un ropero sin lunas y una cuna maltrecha.

Al Papa bendiciendo un cañón y un soldado, y las familias reales sordomudas e idiotas, al hombre que trabaja rebosante de odio y al que vende el horno de sus abuelos a la heredera del millón de dólares.

Y luego le diríamos:

Esto es solo la Europa de pandereta.

Detrás está la verdadera Europa:

la rica en frigoríficos -almacenes de estatuas donde la luz de un cuadro se congela, donde el verbo no puede hacerse carne.

Allí la vida yace entre algodones

y mira tristemente tras el cristal opaco que la protege de corrientes de aire.

En estas vastas galerías de muertos,

de fantasmas reumáticos y polvo,

nos hinchamos de orgullo y de soberbia.'

Los rascacielos ya los ha visto de lejos: los colmenares rubios donde los hombres nacen,

trabajan, se enriquecen y se pudren

sin preguntarse nunca para qué todo esto, sin indagar jamás como se viste el lirio y sin arrepentirse de su contento estúpido.

Abandonemos ya tanto cansancio.

Dejemos que los muertos entierren a sus muertos y busquemos la aurora apasionadamente atentos a su signo.

Porque hay aún un continente verde

que imanta nuestras brújulas.

Un ancho acabamiento de pirámides

en cuyas cumbres bailan doncellas vegetales con ritmos milenarios y recientes de quien lleva en los pies la sabia y el misterio.

Un cielo que las flechas desconocen

custodiado de mitos y piedras fulgurantes.

Hay enmarañamientos de raíces

y contorsión de troncos y confusión de ramas.

Hay elásticos pasos de jaguares

proyectados -silencio y terciopelo—

hacia el vuelo inasible de la garra.

Aquí parece que empezara el tiempo

en solo un remolino de animales y nubes, de gigantescas hojas y relámpagos, de bilingües entrañas desangradas.

Corren ríos de sangres sobre la tierra ávida corren vivificando las más altas orquídeas, las más esclarecidas amapolas.

Se evaporan rugientes en los templos

ante la impenetrable pupila de obsidiana.

Brotan como una fuente repentina

al chasquido de un látigo.

Crecen en el abrazo enorme y doloroso del cántaro de barro con el licor latino.

Río de sangre eterno y derramado

que deposita limos fecundos en la tierra.

Su caudal se nos pierde a veces en el mapa y luego lo encontramos -ocre y azul-rigiendo nuestro pulso.

Río de sangre, cinturón de fuego.

En las tierras que tiñe, en la selva multípara, en el litoral bravo de mestiza mellado de ciclones y tormentas,

en este continente que agoniza

bien podemos plantar una esperanza.

Poemas del alma: Rosario Castellanos

Autorretrato

Yo soy una señora: tratamiento

arduo de conseguir, en mi caso, y más útil para alternar con los demás que un título extendido a mi nombre en cualquier academia.

Así, pues, luzco mi trofeo y repito:

yo soy una señora. Gorda o flaca

según las posiciones de los astros,

los ciclos glandulares

y otros fenómenos que no comprendo.

Rubia, si elijo una peluca rubia.

O morena, según la alternativa.

(En realidad, mi pelo encanece, encanece.)

Soy más o menos fea. Eso depende mucho de la mano que aplica el maquillaje.

Mi apariencia ha cambiado a lo largo del tiempo —aunque no tanto como dice Weininger que cambia la apariencia del genio—. Soy mediocre.

Lo cual, por una parte, me exime de enemigos y, por la otra, me da la devoción de algún admirador y la amistad

de esos hombres que hablan por teléfono y envían largas cartas de felicitación.

Que beben lentamente whisky sobre las rocas y charlan de política y de literatura.

Amigas... hmmm... a veces, raras veces y en muy pequeñas dosis.

En general, rehuyo los espejos.

Me dirían lo de siempre: que me visto muy mal y que hago el ridículo

cuando pretendo coquetear con alguien.

Soy madre de Gabriel: ya usted sabe, ese niño que un día se erigirá en juez inapelable y que acaso, además, ejerza de verdugo.

Mientras tanto lo amo.

Escribo. Este poema. Y otros. Y otros.

Hablo desde una cátedra.

Colaboro en revistas de mi especialidad y un día a la semana publico en un

periódico.

Vivo enfrente del Bosque. Pero casi

nunca vuelvo los ojos para mirarlo. Y nunca atravieso la calle que me separa de él y paseo y respiro y acaricio la corteza rugosa de los árboles.

Sé que es obligatorio escuchar música pero la eludo con frecuencia. Sé que es bueno ver pintura

pero no voy jamás a las exposiciones

ni al estreno teatral ni al cine-club.

Prefiero estar aquí, como ahora, leyendo y, si apago la luz, pensando un rato en musarañas y otros menesteres.

Sufro más bien por hábito, por herencia, por no diferenciarme más de mis congéneres que por causas concretas.

Sería feliz si yo supiera cómo.

Es decir, si me hubieran enseñado los gestos, los parlamentos, las

decoraciones.

En cambio me enseñaron a llorar. Pero el llanto

es en mí un mecanismo descompuesto

y no lloro en la cámara mortuoria

ni en la ocasión sublime ni frente a la catástrofe.

Lloro cuando se quema el arroz o cuando pierdo el último recibo del impuesto predial.

Fuente: Poemas de rosario Castellanos (Poemas del alma)

Canción de cuna

¿Es grande el mundo? —Es grande. Del tamaño del miedo.

¿Es largo el tiempo? —Es largo. Largo como el olvido.

¿Es profunda la mar? —Pregúntaselo al náufrago.

(El Tentador sonríe. Me acaricia el cabello y me dice que duerma.)

Fuente: Poemas del alma: Rosario Castellanos

Destino

Matamos lo que amamos. Lo demás no ha estado vivo nunca.

Ninguno está tan cerca. A ningún otro hiere un olvido, una ausencia, a veces menos.

Matamos lo que amamos. ¡Que cese esta asfixia de respirar con un pulmón ajeno!

El aire no es bastante

para los dos. Y no basta la tierra para los cuerpos juntos

y la ración de la esperanza es poca y el dolor no se puede compartir.

El hombre es animal de soledades, ciervo con una flecha en el ijar que huye y se desangra.

Ah, pero el odio, su fijeza insomne de pupilas de vidrio; su actitud que es a la vez reposo y amenaza.

El ciervo va a beber y en el agua aparece el reflejo del tigre.

El ciervo bebe el agua y la imagen. Se vuelve -antes que lo devoren- (cómplice, fascinado) igual a su enemigo.

Damos la vida sólo a lo que odiamos

Fuente: Los poetas.com: Rosario Castellanos

Dos meditaciones

Considera, alma mía, esta textura áspera al tacto, a la que llaman vida.

Repara en tantos hilos tan sabiamente unidos y en el color, sombrío pero noble, firme, y donde ha esparcido su resplandor el rojo.

Piensa en la tejedora; en su paciencia para recomenzar una tarea siempre inacabada.

Y odia después, si puedes.

II

Hombrecito, ¿qué quieres hacer con tu cabeza?

¿Atar al mundo, al loco, loco y furioso mundo?

¿Castrar al potro Dios?

Pero Dios rompe el freno y continua engendrando magníficas criaturas, seres salvajes cuyos alaridos

rompen esta campana de cristal.

http://www.los-poetas.com/l/caste1.htm

El despojo

Me arrebataron la razón del mundo

y me dijeron: gasta tus años componiendo este rompecabezas sin sentido.

No hay más. Un acto es una estatua rota.

Una palabra es sólo

la imagen deformada en un espejo.

¿Qué vas a amar? ¿Un cuerpo que se pudre -ese pantano lento en que te ahogas— o un alma que no existe?

¿Qué puedes esperar? El tiempo es lo continuo y si dices “mañana” mientes, pues dices “hoy”.

Ni siquiera se muere. Algo muy leve cambia y sigues, dura, en piedra; creciendo en vegetal y otra vez despertando en lo que eras.

Otra vez. Otra vez.

Me dijeron: no busques. Nada se te ha perdido.

Y los vi desde lejos

ocultar lo que roban y reír.

Fuente: Poemas de Rosario Castellanos

El día inútil

Me han traspasado el agua nocturna, los silencios originarios, las primeras formas de la vida, la lucha, la escama destrozada, la sangre y el horror.

Y yo, que he sido red en las profundidades, vuelvo a la superficie sin un pez.

Del poemario "Lívida luz"

El encerrado

Cara contra los vidrios, fija, estúpida, mirando sin oír.

Aquí afuera sucede lo que sucede: algo.

Relampaguea una nube, se alza un ventarrón, sube una marejada o una llanura queda quieta bajo la luz.

Las especies feroces devoran al cordero.

El látigo del fuerte chasquea sobre el lomo del miedo y la cadena del opresor se ciñe

a los tobillos

de los que nunca ya podrán danzar.

Uno persigue a otro, lo alcanza, lo asesina.

Y tú presencias todo, maravillado, ajeno,

sin preguntar por qué.

Del poemario “Lívida Luz”.

El otro

¿Por qué decir nombres de dioses, astros espumas de un océano invisible, polen de los jardines más remotos?

Si nos duele la vida, si cada día llega desgarrando la entraña, si cada noche cae convulsa, asesinada.

Si nos duele el dolor en alguien, en un hombre al que no conocemos, pero está presente a todas horas y es la víctima y el enemigo y el amor y todo lo que nos falta para ser enteros.

Nunca digas que es tuya la tiniebla,

no te bebas de un sorbo la alegría.

Mira a tu alrededor: hay otro, siempre hay otro.

Lo que él respira es lo que a ti te asfixia, lo que come es tu hambre.

Muere con la mitad más pura de tu muerte.

Poemas de Rosario Castellanos en Poemas del alma

El pobre

Me ve como desde un siglo remoto, como desde un estrato geológico distinto.

Del idioma que algunos atesoran

le dieron de limosna una palabra

para pedir su pan y otra para dar gracias.

Ninguna para el diálogo.

El domador, con látigo y revólveres, le enseña a hacer piruetas divertidas, pero no a erguirse, no a romper la jaula, y lo premia con una palmada sobre el lomo.

Aunque son tantos (nunca se acabarán, prometen las profecías) cada uno cree que es el último sobreviviente -después de la catástrofe-de una especie extinguida.

Allí está; receptáculo

de la curiosidad incrédula, del odio, del llanto compasivo, del temor.

Como una luz nos hace

cerrar violentamente los ojos y volvernos hacia lo que se puede comprender.

Nadie, aunque algunos juren en el templo, en la esquina, desde la silla del poder o sobre el estrado del juez, nadie es igual al pobre ni es hermano de los pobres.

Hay distancia, hay la misma extrañeza interrogante que ante lo mineral. Hay la inquietud que suscita un axioma falso. Hay la alarma, y aun la risa,

de cuando contemplamos

nuestra caricatura, nuestro ayer en un simio.

Y hay algo más. El puño se nos cierra para oprimir; y el alma para rechazar lejos al intruso.

¡Qué náusea repentina

(su figura, mi horror)

por lo que debería ser un hombre y no es!

Del poemario “Lívida luz”

Esta tierra que piso…

Esta tierra que piso

es la sábana amante de mis muertos.

Aquí, aquí vivieron y, como yo, decían: Mi corazón no es mi corazón, es la casa del fuego.

Y lanzaban su sangre como un potro vehemente a que mordiera el viento y alrededor de un árbol danzaban y bebían canciones como un vino poderoso y eterno.

Ahora estoy yo aquí. Que nadie me salude como a un recién llegado. Si camino así, torpe, es porque voy palpando y voy reconociendo.

No llevo entre las manos más que una breve brasa y un día para arder.

¡Alegría! ¡Bailemos!

Quiero jurarlo aquí, amigos: otra vez como la primavera volveremos.

Poemas del alma: Rosario Castellanos

Falsa elegía

Compartimos sólo un desastre lento Me veo morir en ti, en otro, en todo Y todavía bostezo o me distraigo

Como ante el espectáculo aburrido.

Se destejen los días,

Las noches se consumen antes de darnos cuenta; Así nos acabamos.

Nada es. Nada está.

Entre el alzarse y el caer del párpado.

Pero si alguno va a nacer (su anuncio, La posibilidad de su inminencia Y su peso de sílaba en el aire),

Trastorna lo existente,

Puede más que lo real

Y desaloja el cuerpo de los vivos.

http://www.los-poetas.com/l/caste1.htm

Jornada de la soltera

Da vergüenza estar sola. El día entero arde un rubor terrible en su mejilla.

(Pero la otra mejilla está eclipsada.) La soltera se afana en quehacer de ceniza, en labores sin mérito y sin fruto; y a la hora en que los deudos se congregan alrededor del fuego, del relato, se escucha el alarido

de una mujer que grita en un páramo inmenso en el que cada peña, cada tronco carcomido de incendios, cada rama

retorcida, es un juez

o es un testigo sin misericordia.

De noche la soltera

se tiende sobre el lecho de agonía.

Brota un sudor de angustia a humedecer las sábanas y el vacío se puebla de diálogos y hombres inventados.

Y la soltera aguarda, aguarda, aguarda y no puede nacer en su hijo, en sus entrañas, y no puede morir

en su cuerpo remoto, inexplorado,

planeta que el astrónomo calcula,

que existe aunque no ha visto.

Asomada a un cristal opaco la soltera -astro extinguido-pinta con un lápiz en sus labios la sangre que no tiene

y sonríe ante un amanecer sin nadie.

Del poemario “Lívida Luz”

Kinsey Report

1

—¿Si soy casada? Sí. Esto quiere decir que se levantó un acta en alguna oficina y se volvió amarilla con el tiempo y que hubo ceremonia en una iglesia con padrinos y todo. Y el banquete

y la semana entera en Acapulco.

No, ya no puedo usar mi vestido de boda.

He subido de peso con los hijos,

con las preocupaciones. Ya ve usted, no faltan.

Con frecuencia, que puedo predecir, mi marido hace uso de sus derechos o, como él gusta llamarlo, paga el débito conyugal. Y me da la espalda. Y ronca.

Yo me resisto siempre. Por decoro.

Pero, siempre también, cedo. Por obediencia.

No, no me gusta nada.

De cualquier modo no debería de gustarme porque yo soy decente ¡y él es tan material!

Además, me preocupa otro embarazo.

Y esos jadeos fuertes y el chirrido de los resortes de la cama pueden

despertar a los niños que no duermen después hasta la madrugada.

2

Soltera, sí. Pero no virgen. Tuve

un primo a los trece años.

Él de catorce y no sabíamos nada.

Me asusté mucho. Fui con un doctor

que me dio algo y no hubo consecuencias.

Ahora soy mecanógrafa y algunas veces salgo a pasear con amigos.

Al cine y a cenar. Y terminamos

la noche en un motel. Mi mamá no se entera.

Al principio me daba vergüenza, me humillaba que los hombres me vieran de ese modo después. Que me negaran el derecho a negarme cuando no tenía ganas porque me habían fichado como puta.

Y ni siquiera cobro. Y ni siquiera

puedo tener caprichos en la cama.

Son todos unos tales. ¿Qué que por qué lo hago?

Porque me siento sola. O me fastidio.

Porque ¿no lo ve usted? estoy envejeciendo.

Ya perdí la esperanza de casarme

y prefiero una que otra cicatriz

a tener la memoria como un cofre vacío.

3

Divorciada. Porque era tan mula como todos.

Conozco a muchos más. Por eso es que comparo.

De cuando en cuando echo una cana al aire para no convertirme en una histérica.

Pero tengo que dar el buen ejemplo

a mis hijas. No quiero que su suerte se parezca a la mía.

4

Tengo ofrecida a Dios esta abstinencia, ¡por caridad, no entremos en detalles!

5

A veces sueño. A veces despierto derramándome y me cuesta un trabajo decirle al confesor que, otra vez, he caído porque la carne es flaca.

Ya dejé de ir al cine. La oscuridad ayuda y la aglomeración en los elevadores.

Creyeron que me iba a volver loca

pero me estaba atendiendo un médico. Masajes.

Y me siento mejor.

A los indispensables (como ellos se creen) los puede usted echar a la basura, como hicimos nosotras.

Mi amiga y yo nos entendemos bien.

Y la que manda es tierna, como compensación:; así como también la que obedece es coqueta y se toma sus revanchas.

Vamos a muchas fiestas, viajamos a menudo y en el hotel pedimos un solo cuarto y una sola cama.

Se burlan de nosotras pero también nosotras nos burlarnos de ellos y quedamos a mano.

Cuando nos aburramos de estar solas alguna de los dos irá a agenciarse un hijo.

¡No, no de esa manera! En el laboratorio de la inseminación artificial.

6

Señorita. Sí, insisto. Señorita.

Soy joven. Dicen que no fea. Carácter llevadero. Y un día vendrá el Príncipe Azul, porque se lo he rogado como un milagro a San Antonio. Entonces vamos a ser felices. Enamorados siempre.

¡Qué importa la pobreza! Y si es borracho lo quitaré del vicio. Si es mujeriego yo voy a mantenerme siempre tan atractiva, tan atenta a sus gustos, tan buena ama de casa, tan prolífica madre y tan extraordinaria cocinera,

que se volverá fiel como premio a mis méritos, entre los que el mayor es la paciencia.

Lo mismo que mis padres y los de mi marido celebraremos nuestras bodas de oro con gran misa solemne.

No, no he tenido novio. No, ninguno todavía. Mañana.

Fuente: Mujeres por la democracia: Kinsey Report

La nostalgia

Si te digo que fui feliz, no es cierto.

No creas lo que yo creo cuando me engaño.

El recuerdo embellece lo que toca: te quita la jaqueca que tuviste,

el sopor de la siesta lo transfigura en éxtasis y, en cuanto a ese zapato que apretaba tanto que te impidió bailar el primer baile, no hubo zapato. Mira: estás descalza, danzas eternamente ingrávida en el círculo cerrado de un abrazo.

Danzas sin esa doble barbilla de tu gula, sin esa arruga artera que está acechando alrededor de tu ojo.

Poemas de Rosario Castellanos Mujeres y la sexta

La velada del sapo

Sentadito en la sombra

-solemne con tu bocio exoftálmico; cruel (en apariencia, al menos, debido a la hinchazón de los párpados); frío, frío de repulsiva sangre fría.

Sentadito en la sombra miras arder la lámpara En torno de la luz hablamos y quizá Uno dice tu nombre.

(En septiembre. Ha llovido)

Como por el resorte de la sorpresa, saltas Y aquí estás ya, en medio de la conversación, En el centro del grito.

¡Con qué miedo sentimos palpitar el corazón desnudo

de la noche en el campo!

http://www.los-poetas.com/l/caste1.htm

Lívida luz

No puedo hablar sino de lo que sé.

Como Tomás tengo la mano hundida en una llaga. Y duele en el otro y en mí.

¡Ah, qué sudor helado de agonía!

¡Qué convulsión de asco!

No, no quiero consuelo, ni olvido, ni esperanza.

Quiero valor para permanecer, para no traicionar lo nuestro: el día presente y esta luz con que se mira entero.

Del poemario: *Lívida luz.*

Lo Cotidiano

Para el amor no hay cielo, amor, sólo este día; Este cabello triste que se cae Cuando te estás peinando ante el espejo.

Esos túneles largos

Que se atraviesan con jadeo y asfixia; Las paredes sin ojos, El hueco que resuena

De alguna voz oculta y sin sentido.

Para el amor no hay tregua, amor. La noche Se vuelve, de pronto, respirable.

Y cuando un astro rompe sus cadenas

Y lo ves zigzaguear, loco, y perderse, No por ello la ley suelta sus garfios.

El encuentro es a oscuras. En el beso se mezcla El sabor de las lágrimas.

Y en el abrazo ciñes

El recuerdo de aquella orfandad, de aquella muerte.

http://www.los-poetas.com/l/caste1.htm

Los distraídos

Algunos lo ignoraban.

Creían que la tierra era aún habitable.

No miraron la grieta

que el sismo abrió; no estaban cuando el cáncer aparecía en el rostro espantado de un hombre.

Rieron en el instante

en que una manzana, en vez de caer,

voló y el universo fue declarado loco.

No presenciaron la degollación

del inocente. Nunca distinguieron

a un inocente del que no lo es.

(Por otra parte habían aprobado,

desde el principio, la pena de muerte.)

Continuaron llegando a los lugares,

exigiendo una silla más cómoda, un menú más exquisito, un trato más correcto.

¡Querido, si te sirven sin gratitud, castígalos!

Y en los muros había un desorden peculiar y en las mesas no había comida sino odio y odio en el vino y odio en el mantel y odio hasta en la madera y en los clavos.

Entre sí cuchicheaban los distraídos: ¿qué es lo que sucede? ¡Hay que quejarse!

Nadie escuchaba. Nadie podía detenerse.

Era el tiempo de las emigraciones.

Todo ardía: ciudades, bosques enteros, nubes.

Del poemario: "Lívida luz"

Meditación en el umbral

No, no es la solución

tirarse bajo un tren como la Ana de Tolstoy ni apurar el arsénico de Madame Bovary ni aguardar en los páramos de Ávila la visita del ángel con venablo antes de liarse el manto a la cabeza

y comenzar a actuar.

Ni concluir las leyes geométricas, contando las vigas de la celda de castigo como lo hizo Sor Juana. No es la solución escribir, mientras llegan las visitas, en la sala de estar de la familia Austen ni encerrarse en el ático de alguna residencia de la Nueva Inglaterra y soñar, con la Biblia de los Dickinson, debajo de una almohada de soltera.

Debe haber otro modo que no se llame Safo ni Mesalina ni María Egipciaca ni Magdalena ni Clemencia Isaura.

Otro modo de ser humano y libre.

Otro modo de ser.

Mujeres y la sexta. Poemas de Rosario Castellanos

Monólogo en la celda

Se olvidaron de mí, me dejaron aparte.

Y yo no sé quién soy

porque ninguno ha dicho mi nombre; porque nadie me ha dado ser, mirándome.

Dentro de mí se pudre un acto, el único que no conozco y no puedo cumplir porque no basta a ello un par de manos.

(El otro es el espacio en que se siembra o el aire en que se crece o la piedra que hay que despedazar.)

Pero solo... Y el cuerpo

que quisiera nacer en el abrazo,

que precisa medir su tamaño en la lucha y desatar sus nudos en un hijo, en la muerte compartida.

Pero solo... Golpeo una pared,

me estrello ante una puerta que no cede, me escondo en el rincón donde teje sus redes la locura.

¿Quién me ha enredado aquí? ¿Dónde se fueron todos?

¿Por qué no viene alguno a rescatarme?

Hace frío. Tengo hambre. Y ya casi no veo de oscuridad y lágrimas.

Del poemario "Lívida luz"

Parábola de la Inconstante

Antes cuando me hablaba de mí misma, decía: Si yo soy lo que soy Y dejo que en mi cuerpo, que en mis años Suceda ese proceso Que la semilla le permite al árbol

Y la piedra a la estatua, seré la plenitud.

Y acaso era verdad. Una verdad.

Pero, ay, amanecía dócil como la hiedra A asirme a una pared como el enamorado Se ase del otro con sus juramentos.

Y luego yo esparcía a mi alrededor, erguida En solidez de roble, La rumorosa soledad, la sombra

Hospitalaria y daba al caminante

- a su cuchillo agudo de memoria -

el testimonio fiel de mi corteza.

Mi actitud era a veces el reposo

Y otras el arrebato,

La gracia o el furor, siempre los dos contrarios Prontos a aniquilarse Y a emerger de las ruinas del vencido.

Cada hora suplantaba a alguno; cada hora Me iba de algún mesón desmantelado En el que no encontré ni una mala bujía Y en el que no me fue posible dejar nada.

Usurpaba los nombres, me coronaba de ellos Para arrojar después, lejos de mí, el despojo.

Heme aquí, ya al final, y todavía

No sé qué cara le daré a la muerte.

Pithecanthropus erectus

Acometió una vez, sólo una vez, la hazaña que lo hizo similar a un ser humano.

¿Quién recuerda qué fue? Ninguno. Acaso se atrevió a contemplar, cara a cara, a su jefe y decirle, entre toses de asfixia, en la asamblea de empleados de oficina: “No me gustan sus chistes”.

Tal vez no se abrió paso entre la multitud a empujones, codazos, zancadillas, para felicitar al triunfador.

O se cruzó de brazos a la hora de aplaudir.

Quizá no golpeó en las manos al náufrago asido de la tabla o, intacta, devolvió la billetera que se encontró en la calle.

Si su virtud hubiera sido heroica —como en los casos dichos— sería memorable.

Mas como nada consta en los anales tenemos que concluir que éste fue un hombre de los que no exageran, de los que se conforman con estar, si hay que estar. O con marcharse a la hora de partir.

Un hombre que se quita el sombrero si hay señoras en el elevador y que cede la acera al inválido aquel con su carrito.

Presencia

Algún día lo sabré. Este cuerpo que ha sido Mi albergue, mi prisión, mi hospital, es mi tumba.

Esto que uní alrededor de un ansia, De un dolor, de un recuerdo,

Desertará buscando el agua, la hoja, La espora original y aun lo inerte y la piedra.

Este nudo que fui (inextricable

De cóleras, traiciones, esperanzas, Vislumbres repentinos, abandonos, Hambres, gritos de miedo y desamparo Y alegría fulgiendo en las tinieblas Y palabras y amor y amor y amores) Lo cortarán los años.

Nadie verá la destrucción. Ninguno Recogerá la página inconclusa.

Entre el puñado de actos

Dispersos, aventados al azar, no habrá uno Al que pongan aparte como a perla preciosa.

Y sin embargo, hermano, amante, hijo, Amigo, antepasado, No hay soledad, no hay muerte

Aunque yo olvide y aunque yo me acabe.

Hombre, donde tú estás, donde tú vives Permaneceremos todos.

http://www.los-poetas.com/l/caste1.htm

Ser de río sin peces

Ser de río sin peces, esto he sido.

Y revestida voy de espuma y hielo.

Ahogado y roto llevo todo el cielo y el árbol se me entrega malherido.

A dos orillas del dolor uncido

va mi caudal a un mar de desconsuelo.

La garza de su estero es alto vuelo y adiós y breve sol desvanecido.

Para morir sin canto, ciego, avanza mordido de vacío y de añoranza.

Ay, pero a veces hondo y sosegado se detiene bajo una sombra pura.

Se detiene y recibe la hermosura con un leve temblor maravillado.

http://www.los-poetas.com/l/caste1.htm

Telenovela

El sitio que dejó vacante Homero,

el centro que ocupaba Scherezada

(o antes de la invención del lenguaje, el lugar en que se congregaba la gente de la tribu para escuchar al fuego) ahora está ocupado por la Gran Caja Idiota.

Los hermanos olvidan sus rencillas

y fraternizan en el mismo sofá; señora y sierva declaran abolidas diferencias de clase y ahora son algo más que iguales: cómplices.

La muchacha abandona

el balcón que le sirve de vitrina

para exhibir disponibilidades

y hasta el padre renuncia a la partida de dominó y pospone los otros vergonzantes merodeos nocturnos.

Porque aquí, en la pantalla, una enfermera se enfrenta con la esposa frívola del doctor y le dicta una cátedra en que habla de moral profesional

y las interferencias de la vida privada.

Porque una viuda cosa hasta perder la vista para costear el baile de su hija quinceañera que se avergüenza de ella y de su sacrificio y la hace figurar como una criada.

Porque una novia espera al que se fue; porque una intrigante urde mentiras: porque se falsifica un testamento;

porque una soltera da un mal paso

y no acierta a ocultar las consecuencias.

Pero también porque la debutante

ahuyenta a todos con su mal aliento.

Porque la lavandera entona una aleluya en loor del poderoso detergente.

Porque el amor está garantizado

por un desodorante

y una marca especial de cigarrillos y hay que brindar por él con alguna bebida que nos hace felices y distintos.

Y hay que comprar, comprar, comprar, comprar.

Porque compra es sinónimo de orgasmo, porque comprar es igual que beatitud, porque el que compra se hace semejante a dioses.

No hay en ello herejía.

Porque en la concepción y en la creación del hombre se usó como elemento la carencia.

Se hizo de él un ser menesteroso,

una criatura a la que le hace falta lo grande y lo pequeño.

Y el secreto teológico, el murmullo murmurado al oído del poeta,

la discusión del aula del filósofo

es ahora potestad del publicista.

Como dijimos antes no hay nada malo en ello.

Se está siguiendo un orden natural

y recurriendo a su canal idóneo.

Cuando el programa acaba

la reunión se disuelve.

Cada uno va a su cuarto

mascullando un -apenas- "buenas noches".

Y duerme. Y tiene hermosos sueños prefabricados.

Fuente: A media voz. Rosario Castellanos

Tres poemas

I

¿Qué hay más débil que un dios? Gime hambriento y husmea la sangre de la víctima y come sacrificios y busca las entrañas de lo creado, para hundir en ellas sus cien dientes rapaces.

(Un dios. O ciertos hombres que tienen un destino.) Cada día amanece

y el mundo es nuevamente devorado.

II

Los ojos del gran pez nunca se cierran.

No duerme. Siempre mira (¿a quién?, ¿a dónde?), en su universo claro y sin sonido.

Alguna vez su corazón, que late

tan cerca de una espina, dice: quiero.

Y el gran pez, que devora

y pesa y tiñe el agua con su ira

y se mueve con nervios de relámpago, nada puede, ni aun cerrar los ojos.

Y más allá de los cristales, mira.

III

Ay, la nube que quiere ser la flecha del cielo o la aureola de Dios o el puño del relámpago.

Y a cada aire su forma cambia y se desvanece y cada viento arrastra su rumbo y lo extravía.

Deshilachado harapo, vellón sucio,

sin entraña, sin fuerza, nada, nube.

Bibliografía

Poesía

• *Trayectoria del polvo*, México: Costa-Amic, OCLC 122444384

• *Apuntes para una declaración de fe*, México: Secretaría de Educa-ción Pública, OCLC 760605820

• Castellanos, Rosario (1950), *De la vigilia estéril*, México: Ediciones de "América", OCLC 123194295

• Castellanos, Rosario (1952), *El rescate del mundo*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Gobierno del Estado de Chiapas, Departamento de Prensa y Turismo, OCLC 651234309

• *Presentación en el templo*, Madrid, España, 1951; 2a. ed., en Revista Antológica, México, 1952.

• *Poemas: 1953-1955*, Metáfora, México, 1957.

• *Al pie de la letra*, Universidad Veracruzana, México, 1959.

• *Salomé y Judith*, Jus, Voces Nuevas, 5, México, 1959.

• *Lívida luz*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1960.

• *Materia memorable* (1969) • *La tierra de en medio* (1969) • *Poesía no eres tú*, obra poética 1948-1971, F. de C. E., México, 1972.

En Internet

- (Información complementaria) http://es.wikipedia.org/wiki/Rosario_Castellanos

- Pasaporte a la poesía de Rosario Castellanos

- Canto sin fronteras. Rosario Castellanos. Edición Conmemorativa

- Poemas de Rosario Castellanos. Libro al completo

- Poemas cortos de Rosario Castellanos

- http://www.poemas-del-alma.com/rosario-castellanos.htm#ixzz2zhWrQJB1